

“EL SOL DE LA TRADICIÓN”: LOS PRIMEROS TRABAJOS DE MENÉNDEZ PIDAL SOBRE EL ROMANCERO¹

CARLOS RUBIO PACHO
Instituto de Investigaciones Filológicas

Durante su viaje de bodas por Castilla la Vieja, una joven pareja de recién casados conversa con una lavandera que, de pronto, recuerda algunos cantares con los que acompaña sus labores cotidianas y decide entonarlos para sus visitantes. Difícilmente alguien imaginaría que este incidente trivial fuera el origen de una verdadera revolución en el ámbito de la filología, ya que este temprano encuentro del joven Ramón Menéndez Pidal con una tradición viva aún en Castilla, le llevaría a fundar un método de investigación del que todavía somos deudores.

La afirmación anterior podría crear la falsa imagen de que el estudio de la literatura tradicional nació en aquel imprevisto momento; sin embargo, no se trata de engañar al lector, puesto que el romancero era un género suficientemente conocido desde muchos años antes de que ocurriera la escena relatada. No aludo, por supuesto, a los varios comentarios de los poetas de Cancionero, como el Marqués de Santillana, o a los de los eruditos del Siglo de las Luces, poco afectos a las expresiones del pueblo. Por el contrario, me refiero a las publicaciones consagradas a la recopilación y estudio, iniciadas en el siglo XIX como una expresión más de los ideales románticos que encontraron en las manifestaciones populares la esencia de la nacionalidad. En este sentido hay que mencionar los trabajos fundadores de Agustín Durán, que culminaron en el *Romancero general* (1849); remitir a la *Primavera y flor de*

¹ El origen de esta nota se encuentra en la ponencia que presenté en las Jornadas Conmemorativas de centenario del *Manual de gramática española* de Ramón Menéndez Pidal, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM (septiembre de 2004). La intención, más que proponer una revisión del método pidaliano, fue recuperar su dimensión histórica y cultural.

romances (1856) del vienés Fernando Wolf y del bávaro Conrado Hofmann, así como a los diversos estudios de Manuel Milà i Fontanals y de Mariano Aguiló dedicados al romancero catalán. También habría que añadir las obras de Almeida Garrett y de Teófilo Braga para el ámbito portugués y, para concluir, la Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos (1885), resultado de la labor de recopilación que realizara, durante más de dos décadas, Juan Menéndez Pidal, hermano de nuestro Ramón.² Sin embargo, la situación de esos años parecía mostrar que en Castilla no sobrevivía rastro alguno de la tradición romancística, y cuyo mínimo vestigio se hubiera convertido en piedra de toque para la magna construcción que venía edificando el erudito coruñés. Es, pues, indispensable retroceder en el tiempo para comprender la trascendencia que este encuentro, al parecer nimio, tuvo en la conformación del pensamiento pidaliano.

Si excluimos su tesis doctoral, consagrada a la obra de don Juan Manuel, en su primer libro, *La leyenda de los infantes de Lara* (1896), Menéndez Pidal dedicó un capítulo entero al romancero, aunque sólo se había interesado en él, “como un eslabón en la cadena tradicional que enlaza la épica juglaresca con el teatro nacional del Siglo de Oro y sus derivaciones modernas” (Catalán, 1982: 283).

En 1899 retoma el asunto en sus “Notas para el romancero del conde Fernán González”, contribución al homenaje rendido a su maestro, Marcelino Menéndez y Pelayo. Comienza por reconocer que, aunque el romancero es una de las manifestaciones literarias más estimadas por españoles y extranjeros, “es poco estudiado” y “medianamente comprendido”, incluso por quienes lo cantan. Aunque su intención es contribuir al mejor conocimiento del género, en realidad, más que concentrarse en los romances mismos, su estudio se enfoca a demostrar que los tres romances que maneja, “quedaron [...] como únicos depositarios vivientes de los viejos asuntos épicos” (1899: 452); esto es, los poemas recogidos en el siglo XVI, a los que considera tradicionales y antiguos, son fragmento y prueba incontrovertible de la existencia de un cantar de gesta “más extenso y completo” (1899: 451), consagrado al conde de Castilla.

Antes de ocuparse del resto de los romances, a los que considera “no tradicionales”, apunta que existe una tradición viva aún en

² Una panorámica general sobre estos trabajos pioneros puede verse en el propio Ramón Menéndez Pidal, “Estado latente del romancero oral. Indagaciones eruditas, de Durán a Menéndez Pelayo (1828-1900)”, en *Romancero hispánico*, t. II, pp. 276-290. Muy interesante resulta el artículo de Diego Catalán, “El Archivo Menéndez Pidal”, porque sitúa la labor de nuestro investigador dentro de la tradición peninsular en la recolección del romancero oral moderno. Los datos bibliográficos completos aparecen en la bibliografía final.

Cataluña, en Madeira, en el Algarbe y en Asturias, pero lamenta la ausencia de testimonios en Castilla, aunque “no sería imposible que si se buscaran diligentemente, se hallasen de igual modo en el resto de España, pues no es fácil explicar por qué esos fragmentos de romances viejos se han de hallar en las regiones que carecieron de una desarrollada poesía épica, en tanto que faltan en Castilla, que fué la cuna de todos esos relatos” (1899: 462-463).

Difícilmente, don Ramón hubiera imaginado al estar escribiendo estas palabras que pocos meses después todas sus esperanzas se colmarían, al encontrarse frente a frente con una tradición que aún se conservaba en Castilla.

Es éste el momento apropiado para recuperar la anécdota relatada por el propio Menéndez Pidal, ya que resulta importante por varios motivos. En primer lugar, porque al parecer el incidente resultó de gran trascendencia para el autor, quien repitió la anécdota, con leves variantes, al menos en tres ocasiones: por primera vez en *El romancero español*, que reúne un par de conferencias pronunciadas en la Columbia University de Nueva York, el 5 y el 7 de abril de 1909, y que fueron publicadas el año siguiente; por segunda vez, en *Cómo vivió y cómo vive el romancero*.³ La tercera, de donde tomo la cita por ser la más completa, apareció en el segundo volumen del *Romancero hispánico (hispano-portugués-americano y sefardí). Teoría e historia*.

La segunda razón de su importancia radica en que, a pesar del carácter anecdótico que tiene, se descubre una serie de cuestiones metodológicas muy interesantes, en las que desafortunadamente no podré detenerme:

En mayo de 1900 hacía yo una excursión por ciertos valles del Duero para estudiar la topografía del Cantar de Mio Cid, y acabada la indagación en Osma, deteniéndome allí un día más para presenciar el muy notable eclipse solar del día 28, ocurriósele a mi mujer (era aquél nuestro viaje de recién casados) recitar el romance de la *Boda estorbada* a una lavandera con quien conversábamos. La buena mujer nos dijo que lo sabía ella también, con otros muchos que eran el repertorio de su canto acompañado del batir la ropa en el río; y en seguida, complaciente, se puso a cantarnos uno, con una voz dulce y una tonada que a nuestros oídos era tan “apacible y agradable” como aquellas que oía el historiador Mariana en los romances del cerco de Zamora. El romance que aquella lavandera cantaba nos era desconocido, por eso más atrayente:

³ Ambos trabajos se encuentran reunidos en la edición de sus *Obras*, volumen XI: *Estudios sobre el romancero*, pp. 11-84 y 403-462.

Voces corren, voces corren, voces corren por España
que don Juan el caballero está malito en la cama...;

y a medida que avanzaba el canto, mi mujer creía reconocer en él un relato histórico, un eco lejano de aquel “dolor, tribulación y desventura” que, al decir de los cronistas, causó en toda España la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, porque esa muerte ensombrecía los destinos de la nación. Y en efecto, estudiado después, aquél era un romance del siglo xv, desconocido a todas las colecciones antiguas y modernas. Era preciso, en las pocas horas que nos quedaban de estancia en Osma, copiar aquel y otros romances, primer tributo que Castilla pagaba al Romancero tradicional de hoy día; era necesario también anotar aquella música, evitando el defectuoso sistema de recoger sólo la letra. Y buscando al Maestro de Capilla de la Catedral, haciendo a la bondadosa lavandera repetir y repetir sus cantos, se nos pasaron las horas, sin tiempo apenas para contemplar el gran eclipse solar que entonces ocurría, y que habiéndonos retenido en aquella vieja ciudad, ya poco significaba para nosotros ante el sol de la tradición castellana que allí alboreaba tras una noche de tres siglos (1953, t. II: 291-292).

Evidentemente, el descubrimiento de este valiosísimo testimonio estimuló la búsqueda de nuevos cantares, por lo que el matrimonio continuó sus pesquisas, aunque no siempre con resultados tan alentadores. Sin embargo, la importancia del hallazgo del “sol de la tradición” pareció deslumbrarlos, pues los primeros resultados importantes tardaron en aparecer. Fue cuatro años después del suceso cuando María Goyri dio a conocer el “Romance de la muerte del príncipe don Juan, 1497” en el *Bulletin Hispanique*.⁴

Por su parte, don Ramón permaneció en silencio al respecto, a pesar de que en los años que van de 1900 a 1907 continuó con la publicación de trabajos dedicados al tema: uno, consagrado a un romance fronterizo desconocido, “La pérdida de Ben Zulema”; un artículo sobre “Los romances tradicionales en América” y un “Catálogo del romancero judío-español”.⁵ Todos ellos se basan en colecciones publicadas previamente, por lo que no hay mención alguna sobre la viva tradición oral que había encontrado. Será hasta 1909, en las conferencias pronunciadas en la Columbia University de Nueva York, cuando se refiera por primera vez al acontecimiento, así como al romance que le transmitiera la lavandera, lo cual

⁴ *Bulletin Hispanique*, VI: 29-37.

⁵ Todos estos trabajos aparecieron reunidos por primera vez en *El romancero. Teorías e investigaciones*.

“hablaba muy alto a favor de la fidelidad de la memoria castellana a través de tantos siglos” (1973: 67). Porque, en efecto, las circunstancias de la muerte del príncipe Juan, como el nombre del médico que lo asistió en su enfermedad, se conservan en las versiones modernas. Para Menéndez Pidal era muestra incontrovertible de que el romance era un eslabón más en la cadena que unía el hecho histórico con los cantares de gesta y a éstos con las crónicas y con el teatro áureo.

Sin embargo, en esas primeras páginas dedicadas a la tradición moderna, nada se expresaba acerca de la manera en la que el matrimonio Pidal procedió para la recolección de estos primeros testimonios. Sólo algunos años más tarde, en su síntesis *Cómo vivió y cómo vive el romancero*, se muestra explícito acerca del método empleado:

Animados por el éxito de Osma, hicimos indagaciones en otros pueblos. Nos dirigíamos a las personas más ilustradas del lugar, quienes siempre obsequiosas, el cura, el hacendado, el alcalde, no nos consentían vagar por el pueblo, sino que hacían venir a la casa rectoral o al Ayuntamiento aquellos vecinos que sabían ser más memoriosos de las antiguallas; pero siempre el resultado era negativo. El sujeto folklórico así escogido y colocado en aquel ambiente solemne, nunca sabía nada aprovechable; sabía vidas de santos, relaciones de comedia antigua o cuando más, hacía gran alarde de memoria recitando algún largo romance de ciego, de los del siglo XVIII: *Los Doce Pares de Francia*, *Rosaura la del guante*, *La renegada de Valladolid*, pero ninguno tradicional viejo. Teníamos que decir a nuestros bondadosos informadores que nos dejasen callejear por el pueblecito, y entonces, conversando de todo con los vecinos, haciendo corrillo con algunos, sentíamos nacer en ellos la confianza, y cuando la ocasión se presentaba, recitándoles nosotros versos de romances viejos, desempolvábamos su memoria, poniéndoles en tensión poética de recuerdo: “Eso lo oí yo a mi madre de otro modo”, “Aquí cantamos este otro”... Es preciso convivir con el pueblo. La esquiva, la reacia musa de la tradición habla por boca del misterioso marinero, cuando es rogado por el infante Arnaldos para que le repita su fascinador canto:

Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Esta recitación recordatoria de versos es necesaria porque cuando el Romancero yace aletargado en la memoria del pueblo, si simplemente se pregunta por “romances” en general, nadie sabe lo que es un romance; nadie, ni las gentes incultas que los conservan en la memoria, ni las personas más leídas de los pueblecitos castellanos, tienen la menor conciencia de este género (1973: 430-431).

Como se deduce de la extensa cita anterior, la única manera de realizar adecuadamente una investigación de campo es a través de la familiarización con los informantes. Sin duda, desde la óptica de Menéndez Pidal, el pueblo es el mejor depositario de la tradición porque encarna las profundas raíces de una nación. De allí que, a pesar de que los llamados romances artísticos deriven directamente de las crónicas y, por tanto, sean más fieles a los hechos históricos, gozaron de poca estimación de parte de don Ramón porque carecían, a decir de Dámaso Alonso, de la “espontaneidad” popular.

Las anteriores aseveraciones harían pensar que el pensamiento de Menéndez Pidal entronca con un Romanticismo ya superado, dado que toda su obra está dedicada a demostrar la historicidad de la épica y del romancero, no sólo en un afán de precisión histórica, de signo positivista, sino que también con la intención de evidenciar la peculiaridad de España frente al resto de Europa. Sin embargo esto no es del todo cierto, ya que en realidad Pidal no se aleja demasiado de otros pensadores de su generación, como Azorín, Baroja o Unamuno, quienes también buscaban la “esencia española” o el “alma nacional”. Pero a diferencia de éstos, los trabajos de don Ramón se sustentaban en el acopio exhaustivo de datos, en la búsqueda y análisis de fuentes desconocidas, así como en la larga y meditada reflexión que le permitía llegar a aseveraciones fundamentadas científicamente.

Quizás, como han señalado sus detractores, el filólogo coruñés proyectó muchos de sus prejuicios intelectuales sobre el material que estudiaba. Por otra parte, mucho se ha andado en el camino que emprendiera el erudito hace más de un siglo en la investigación de la épica y el romancero; sin embargo, los trabajos de Menéndez Pidal están aún muy lejos de caer en el olvido, pues, como afirmara Diego Catalán, a diez años de la muerte de Menéndez Pidal, su obra:

Es preciso verla como un conjunto arquitectónico de amplitud extraordinaria, cuyas partes contribuyen a y dependen de, la concepción que preside el conjunto [...] Si, preocupados por la renovación del edificio, pretendemos substituir una fachada aquí, una techumbre allá, o, más modestamente, dos o tres columnas, es preciso que, antes, aprendamos a apuntalar el edificio en su conjunto y trabajemos provistos de un andamiaje apropiado. Otra posibilidad es condenar al derribo la totalidad del conjunto de edificios, y empezarlos, uno a uno, de nueva planta, aprovechando, de paso, los materiales de las viejas construcciones pidalianas. Pero, en este caso, me temo que el polvo que levantaríamos no nos dejaría fabricar en mucho tiempo (1979: 88-89).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, DÁMASO (1979), “Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal”, en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza/Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, Universidad de Madrid, pp. 17-42.
- CATALÁN, DIEGO (1972), “El Archivo Menéndez Pidal y la exploración del Romancero castellano, catalán y gallego”, en Diego Catalán, Samuel G. Armistead y Antonio Sánchez Romeraldo (eds.), *El romancero en la tradición oral moderna. Ier. Coloquio Internacional*, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, Rectorado de la Universidad de Madrid, pp. 85-94.
- (1982), “Hacia una poética del romancero oral moderno”, en *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Salamanca, Asociación Internacional de Hispanistas/Consejo General de Castilla y León/Universidad de Salamanca, t. I, pp. 283-295.
- (1979), “El modelo de investigación pidaliana cara al mañana”, en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza/Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, Universidad de Madrid, pp. 81-124.
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN (1899), “Notas para el romancero del conde Fernán González”, en *Homenaje a Menéndez Pelayo en el vigésimo de su profesorado*. Estudios de erudición española con un prólogo de D. Juan Valera, 2 vols., Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, t. I, pp. 429-507.
- (1900), “La pérdida de Ben Zulema”, en *Homenaje a Almeida Garrett*, Génova.
- (1906), “Los romances tradicionales en América”, *Cultura Española*, 1, febrero, pp. 72-111.
- (1906), “Catálogo del romancero judío-español”, *Cultura Española*, 4, noviembre, pp. 1045-1077.
- (1907), “Catálogo del romancero judío-español”, *Cultura Española*, 5, febrero, pp. 161-199.
- (1910), *El romancero español*, Nueva York, The De Vinne Press.
- (1927), *El romancero. Teorías e investigaciones*, Madrid, Paez.
- (1945), *Cómo vivió y cómo vive el romancero*, Valencia, La Enciclopedia Hispánica.

- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN (1953), *Romancero hispánico (hispano-portugués-americano y sefardí). Teoría e historia*, 2 t., Madrid, Espasa-Calpe.
- (1973), *Obras*, volumen XI: *Estudios sobre el romancero*, Madrid, Espasa-Calpe.